

EL ESPÍRITU SANTO EN EL CARISMA Y MINISTERIO DEL EDUCADOR CRISTIANO

ENRIQUE GARCÍA AHUMADA, F.S.C.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

La espiritualidad del educador cristiano, es decir, la atención al Espíritu Santo al educar, está poco difundida, aunque existen estudios especializados¹. Dos diccionarios de espiritualidad en uso no aciertan con el tema². En particular, es extraño que la autoridad eclesiástica no haya declarado todavía ministro al educador cristiano. En cambio, Juan Pablo II llama a los padres de familia al «ministerio de catequistas de sus propios hijos» (CT 68); lo considera con Santo Tomás de Aquino más completo que el ministerio ordenado, por cultivar a la vez la vida corporal y espiritual (FC 38). En 1988 puso las bases al decir en *Christifideles Laici*: «Hay que preparar fieles laicos que se dediquen a la acción educativa como a una verdadera y propia misión eclesial» (ChL 62b).

En 1992, la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo no llegó a establecer esta doctrina. Después

1. GALLEGO, S., f.s.c., *La teología de la educación en San Juan Bautista de la Salle*, Madrid, San Pío X, 1960; LAUBE, R., *Pentecostal Spirituality: The Lasallian Theology of Apostolic Life*, New York, Desclee Co., 1970; SAUVAGE, M., f.s.c.-CAMPOS, M., f.s.c., *Anunciar el Evangelio a los pobres*, Lima, Labrusa, 1977; PUNGIER, J., f.s.c., *Una espiritualidad para maestros y educadores*, Lima, Labrusa, 1978; SCAGLIONE, S., f.s.c., *Il messaggio spirituale e educativo di san Giovanni Battista De La Salle*, «Vita Consacrata» XVI-II (Milán 1980) 670-680; SAUVAGE, M., f.s.c., *Ordres enseignants*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, XI, París 1982 y art. *S. Jean-Baptiste de La Salle* en la misma obra, VIII, París 1974; JOHNSTON, J., f.s.c., *El ministerio educativo lasaliano* «Lasaliana» 16, 17, 19, 20, 23, 24 (Roma 1985); VAN GRIEKEN, G., f.s.c., *To Touch Hearts, The «pedagogical» spirituality of John Baptist de La Salle*, tesis doctoral presentada en el Boston College, EE.UU., 1995, en prensa en versión abreviada por Christian Brothers Publications, Landover, Maryland, 1998.

2. S. RIVA, *Educación*, en ANCILLI, A. (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, Barcelona, Herder, 1983, I, 660-664, salvo en un breve comienzo, se refiere sobre todo a la catequesis; MAGGIALI, A. *Maestro-educador*, en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid, Paulinas, 1983, 840-850, no trae fuentes teológicas y el contenido no es pertinente.

de describir el rol decisivo del maestro en la educación cristiana, concluyó: «El maestro cristiano debe ser considerado como sujeto eclesial que evangeliza, que catequiza y educa cristianamente. Tiene una identidad definida en la comunidad eclesial. Su papel debe ser reconocido en la Iglesia» (SD 265).

San Juan Bautista de la Salle (1651-1719) elaboró la teología del ministerio del educador cristiano en sus *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*, dirigidas «a todos aquellos que se dedican a la educación de la juventud»³. El Concilio Vaticano II, al explicar cómo el Espíritu Santo rejuvenece siempre a la Iglesia, dice: «(El Espíritu Santo) guía la Iglesia a toda la verdad (cf. Io 16,13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Eph 4, 11-12; 1 Cor 12, 4; Gal 5, 22)» (LG 4).

Estudiaremos los dos aportes del Espíritu Santo a la Iglesia mencionados al final de este texto conciliar, vinculados a la vocación de educador: los carismas y los ministerios. Decisiva es la doctrina de San Juan Bautista de la Salle, a quien Pío XII declaró Patrono Universal de los Maestros en su Breve *Quod Ait* del 15 de mayo de 1950, fecha en que ya varios países celebran el Día del Educador Cristiano.

1. EL CARISMA DE MAESTRO

La palabra griega *jarisma*, derivada de *jaris* (gracia) significa don divino gratuito. Persona carismática es alguien especialmente dotado. En el Nuevo Testamento, el principal don divino es el Espíritu Santo mismo, derramado en el corazón de los bautizados llenándolos de caridad (Ro 5, 5). El carisma del amor es el más excelente, y los demás nada valen sin él, según expresa el célebre himno al amor (1 Cor 12, 31; 13, 13). Una lectura desde la actualidad muestra que, en un mundo al mismo tiempo materialista e individualista, quienes procuramos vivir como cristianos somos por el Espíritu Santo los carismáticos del amor a Dios y al prójimo. Según la experiencia, aunque muchas per-

3. *Méditations pour le temps de la retraite, à l'usage de tous ceux qui s'occupent de l'éducation de la jeunesse, et particulièrement des Frères des Écoles Chrétiennes pendant les jours de retraite qu'ils ont pendant les vacances*, en «Cahiers Lasalliens» 13. Traducción castellana en GALLEGO, S., f.s.c., *Vida y pensamiento de San Juan Bautista de la Salle*, Madrid, BAC, 1986, II, 636-678. Versión comentada: RODRÍGUEZ, S., f.s.c., *Del empleo al ministerio. Meditaciones para el tiempo de retiro... Por el Sr. Juan Bautista de La Salle, Doctor en teología, fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, Buenos Aires, Stella, 1996. Aquí cito según esta traducción.

sonas tengan un mismo carisma —y éste es común a todos los cristianos— no todas lo poseen con el mismo desarrollo.

El Espíritu de Dios concede otros dones para el crecimiento de la persona o de la comunidad. Algunos, llamados simplemente «dones del Espíritu Santo» nos hacen crecer al asemejarnos a Cristo, de quien anunció Isaías: «El espíritu del Señor estará continuamente sobre él, y le dará sabiduría, inteligencia, prudencia, fuerza, conocimiento y temor del Señor» (Is 11, 2). El cristiano madura en Cristo con ayuda del Espíritu Santo, cuyos dones hacen más fácil vivir la caridad.

En teología y en catequesis se acostumbra llamar carismas en sentido más técnico a otros dones que son capacidades en beneficio de la Iglesia. Dice San Pablo: «Dios da a cada uno alguna prueba de la presencia del Espíritu, para provecho de todos» (1 Cor 12, 7). Todo el capítulo 12 de esa carta describe estos carismas para bien de la comunidad. Uno de éstos es el carisma de maestro o doctor, distinto del letrado israelita. Más que instruir, el maestro enseñaba a vivir bien como Juan Bautista (Jn 3, 25s; St 3, 1s) y guiaba a la comunidad según la voluntad de Dios (cf. Hch 13, 1.15). Jesús promete enviar maestros para la obra de salvación (Mt 23, 34). Son más importantes que quienes hacen milagros: «Dios ha querido que en la Iglesia haya, en primer lugar, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros; luego personas que hacen milagros, y otras que curan enfermos, o que ayudan, o que dirigen, o que hablan en lenguas...» (1 Cor 12, 28).

¿Por qué a veces no sentimos fácil y fluido nuestro desempeño a pesar de haber recibido el carisma? Los carismas requieren cuidado. San Pedro exhorta: «Como buenos administradores de los diferentes dones de Dios, cada uno de ustedes sirva a los demás según lo que haya recibido. Cuando alguien hable, sean sus palabras como palabras de Dios. Cuando alguien preste algún servicio, préstelo con las fuerzas que Dios le da. Todo lo que hagan, háganlo para que Dios sea alabado por medio de Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el poder para siempre. Amén» (1 Pe 4, 10s). Aquí «administrar» significa hacer buen uso y también cultivar su carisma: quien fue llamado al celibato tiene un don y los casados tienen otro (cf. 1 Cor 7, 6-8). Todo don de Dios requiere cuidado. Dice San Pablo: «No apaguen el fuego del Espíritu. No desprecien el don de profecía. Sométanlo todo a prueba y retengan lo bueno. Apártense de toda clase de mal» (1 Tes 5, 19-22). Para cultivar los carismas hay que mantenerse en caridad o gracia de Dios —no romper la comunión con Dios haciendo el mal gravemente— y seguir al Señor. No es posible desarrollar un carisma del Espíritu Santo desde una vida en pecado. San Juan Bautista de la Salle propone desarrollar el carisma de maestro mirando en el Evangelio con frecuencia y afán de seguimiento a Jesús Maestro:

«Jesucristo decía a sus Apóstoles que *les había dado ejemplo para que hicieran ellos como Él mismo había hecho* (Jn 13, 15). Y quiso que sus discípulos lo acompañaran en todas las conversiones que hizo, para que vieran la manera de conducirse y pudieran regularse y formarse sobre su conducta en todo lo que tuvieran que hacer para ganar las almas para Dios. Eso mismo tienen que hacer ustedes, a quienes Jesucristo eligió entre tantos otros para ser *sus cooperadores* (1 Cor 3, 9) en la salvación de las almas. Al leer su Evangelio, deben estudiar la manera y los medios de que se sirvió para llevar a sus discípulos a practicar las verdades evangélicas» (M 196.2).

Sorprende observar que los llamados frutos del Espíritu Santo (Cat.I.C. 1832), destinados obviamente a todos, son cualidades particularmente necesarias para educar: «Lo que el Espíritu produce es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio» (Gal 5, 22). La misma carta a los cristianos de Galacia llama a educarnos mutuamente según la voluntad de Dios (ver Gal 6, 1s). Así se explica la conveniencia de que estas cualidades indispensables al educador se den a todos. No todos las desarrollan en igual grado; pero quien tiene vocación y carisma de educador cristiano necesita pedir y cultivar estos frutos del Espíritu Santo.

2. EL MINISTERIO ECLESIAL DE MAESTRO

El texto conciliar que fundamenta esta reflexión afirma que el Espíritu Santo unifica a la Iglesia «en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos...». En este pasaje, el «ministerio» de la Iglesia tiene un sentido amplio, que no se identifica con los «dones jerárquicos». «Cristo fue impulsado a la obra de su ministerio cuando el mismo Espíritu Santo descendió sobre Él mientras oraba» (AG 4). La palabra latina *minister* significa servidor, y traduce en la Biblia la griega *diákonos* y la hebrea *mesaret*, que a menudo se refieren a funciones sagradas ejercidas en servicio de Dios. El ministerio de Cristo es su servicio a Dios para salvación de los hombres. No sólo los clérigos son ministros de Dios y de la Iglesia. Hay laicos que reciben por un tiempo el ministerio de lector o ministro de la Palabra; hay ministros extraordinarios de la eucaristía, autorizados para dar la comunión establemente en misa y para llevarla a los enfermos (CIC, can. 230). Cada obispo, como «moderador de todo el ministerio de la palabra» (can. 756.2), puede instituir otros ministerios laicales en su Iglesia local. El ministerio de la palabra «incluye la predicación pastoral, la catequesis, toda la instrucción cristiana y la homilía» (DV 24). Es importante entre «los medios disponibles para anunciar la doctrina cristiana... la enseñanza de la doctrina en las escuelas...» (can. 761).

La doctrina conciliar y canónica aquí comentada se basa en un pasaje paulino: «Hay en la Iglesia diferentes dones, pero el que los concede es un mismo Espíritu. Hay diferentes maneras de servir, pero todas por encargo de un mismo Señor» (1 Cor 12, 4s). Esta diversidad converge hacia el único servicio o ministerio realizado por Jesucristo y continuado por la Iglesia: «El mismo concedió a unos ser apóstoles y a otros profetas, a otros anunciar el evangelio y a otros ser pastores y maestros. Así preparó a los del pueblo santo para un trabajo de servicio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a estar unidos por la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, y alcancemos la edad adulta, que corresponde a la plena madurez de Cristo» (Ef 4, 11-13). En otras palabras, los ministerios son para la salvación de los hombres y para construir la Iglesia. El ministerio de maestro no corre peligro de confusión con el del presbítero⁴, derivado del obispo (LG 28), el cual corresponde al apóstol por sucesión legítima.

San Juan Bautista de la Salle es el iniciador de la formación profesional de los maestros seculares en sus Seminarios de Maestros de Escuela para el Campo que funcionaron de 1684 a 1688 en Reims, de 1698 a 1705 en París y de 1709 a 1712 en Saint Denis mientras tuvo financiamiento de benefactores, y fundó los Hermanos de las Escuelas Cristianas en un proceso que duró de 1680 a 1691. Para animarlos desde la fe elaboró una espiritualidad del educador cristiano basada en la teología paulina del ministerio eclesial. La utiliza desde la primera de sus Meditaciones para el Tiempo de Retiro:

«Dios por el ministerio de los hombres difunde *la fragancia de su doctrina en todo el mundo* (2 Cor 2, 14). *Él, que ordenó que la luz saliera de entre las tinieblas, ha iluminado por sí mismo los corazones de los que destinó para anunciar su palabra a los niños: para que puedan iluminarlos descubriéndoles la gloria de Dios* (cf. 2 Cor 4, 6). *Dios por su misericordia les ha dado este ministerio. No alteren su palabra en lo más mínimo. Al contrario, adquieran ante él la gloria de descubrir la verdad a los que ustedes están encargados de instruir* (cf. 2 Cor 4, 1.2). Y que toda su aplicación esté puesta en las instrucciones que les harán. Considérense en eso como los ministros de Dios y los dispensadores de sus misterios» (M 193.1).

«Ustedes han sido llamados por Dios para este ministerio. Empleen, según la gracia que les ha sido dada, *el don de instruir, enseñando* (Rom 12, 6-8), y el de exhortar, motivando a los que han sido confiados a sus cuidados. Condúzcanlos con atención y vigilancia» (M 193.2).

4. Tema abordado por la *Instrucción sobre algunas cuestiones relativas a la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes*, 15.8.1997, en «L'Osservatore Romano» (ed. en lengua española) (28 noviembre 1997).

En este segundo punto las acciones del ministerio se refieren al conjunto de la tarea educativa y no sólo a la enseñanza religiosa. En el punto tercero agrega:

«Ése es, dice San Pablo, *el campo que Dios cultiva y el edificio que Él construye* (1 Cor 3, 9). A ustedes los ha elegido para ayudarlo en su obra, anunciando a estos niños el Evangelio de su Hijo y las verdades que están contenidas en él. Por esto, ustedes deben honrar su ministerio *procurando salvar a algunos* (Rom 11, 13s). Según la expresión del mismo Apóstol, *los ha hecho ministros suyos para reconciliarlos con Él, y les ha confiado para esto la palabra de la reconciliación para ellos. Exhórtelos como si Dios los exhortara por ustedes* (2 Cor 5, 18-20). Él los ha destinado para anunciar a estas jóvenes plantas las verdades del Evangelio y procurarles medios de salvación que están a su alcance (M 193.3)».

En la tercera meditación saca de la teología del ministerio otras conclusiones prácticas sobre el modo de actuar ante los alumnos:

«En el empleo que ejercen, ustedes son los embajadores y ministros de Jesucristo. Deben desempeñarlo como representantes de Jesucristo. Jesucristo mismo desea que sus discípulos los miren como a Él mismo y que reciban sus instrucciones como si Él en persona se las diera. Deben estar persuadidos de que es la verdad de Jesucristo la que habla por su boca, de que es en su nombre que les enseñan, de que es Él quien les da autoridad sobre ellos. *Ellos mismos son la carta que Él ha dictado, que ustedes escriben todos los días en sus corazones, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios viviente* (2 Cor 3, 3). Este Espíritu obra en ustedes y por ustedes por el poder de Jesucristo. Este poder los hace triunfar sobre todos los obstáculos que se oponen a la salvación de estos niños. *Él los ilumina en la persona de Jesucristo* (2 Cor 4, 6) para ayudarlos a evitar todo lo que pudiera desagradarle. Para ocuparse de este deber con toda la perfección y exactitud que Dios exige de ustedes, entréguese a menudo al Espíritu de Nuestro Señor. No obrarán sino por Él al ejercerlo. Su propio espíritu no tendrá nada que ver. Este Espíritu Santo se derramará sobre ellos y podrán poseer plenamente el espíritu del cristianismo» (M 195.2).

Son diáfanas las dimensiones cristológica y pneumatológica de su teología del ministerio educativo. En la cuarta de esas meditaciones su primera mención del ministerio es escueta y operativa: «Tienen que aplicarse a la oración si quieren tener éxito en su ministerio» (M 196.1).

La intención práctica de su teología espiritual del ministerio educativo conduce a una espiritualidad bíblicamente fundada y orientadora para los maestros cristianos:

«Para desempeñar debidamente el ministerio, no les bastará ejercer con los niños sus funciones conformándose a Jesucristo sólo en su con-

ducta y en la conversión de las almas. Entren también en sus miras y en sus intenciones. Él no vino a la tierra sino *para que los hombres tuviesen vida y la tuvieran en abundancia* (Jn 10, 10). Por eso añade en otro lugar que *sus palabras son espíritu y vida* (Jn 6, 64). Procuran la vida verdadera, que es la del alma, a quienes las escuchan y, luego de haberlas escuchado con agrado, las practican con amor. Su intención cuando instruyen a sus discípulos debe ser el hacer de modo que vivan vida cristiana, y que sus palabras sean espíritu y vida para ellos. 1) Porque las producirá el Espíritu de Dios que habita en ustedes. 2) Porque les procurarán el espíritu cristiano. Cuando posean ese espíritu, que es el espíritu de Jesucristo, vivirán de esta vida verdadera, que tiene la ventaja para el hombre, de que lo conduce con seguridad a la vida eterna» (M 196.3).

El ministerio del educador cristiano muestra ser un medio providencial ante la situación de debilidad de los alumnos, en una reflexión teológica sin menciones bíblicas que parte de la realidad observada:

«Los niños son débiles tanto de espíritu como de cuerpo. Tienen pocas luces para el bien. Les es más fácil caer en algún precipicio. Necesitan las luces de guías vigilantes para que los conduzcan en el camino de la salvación. Ellos deben tener suficiente inteligencia de las cosas relacionadas con la piedad, y ser conocedores de los defectos más comunes en los muchachos, para señalarlos y preservarlos de ellos. Dios ha provisto esta necesidad dando a los niños maestros a quienes ha encargado este cuidado. Les ha dado suficiente atención y vigilancia sobre ellos para que no toleren que se adueñe de su corazón nada que pueda dañar su salvación. Aún más, los conducen en medio de los peligros que se encuentran en el mundo. Bajo la conducción de estos guías tan atentos, y bajo la protección de Dios, el demonio no se atreve a acercarse. Pidan hoy a Dios la gracia de velar en tal forma por los niños que les han sido confiados, que tomen todas las precauciones posibles para garantizar que no tendrán caídas importantes. Pídanle ser buenos guías para ellos. Que el socorro de Dios y por la fidelidad de ustedes al empleo, les procure las luces que les hagan ver todo lo que podría ser obstáculo para el bien de las almas, de modo que quiten del camino de su salvación todo lo que podría dañarla. Ahí está el principal cuidado que deben tener con respecto a ellos. Es la principal razón por la que Dios los ha encargado de un ministerio tan santo. De esto, en el día del juicio, les hará rendir exactísima cuenta» (M 197.3).

El ser los maestros ministros de Dios sugiere a De la Salle una reiterada comparación con los ángeles custodios:

«Ustedes participan en el ministerio de los ángeles custodios. Hagan, entonces, conocer a los niños las verdades del Evangelio, puesto que para anunciárselas es que Dios los eligió. Deben enseñarles los medios de practicarlas y tener mucho celo para buscarles las oportunidades de ejecutarlas. Ustedes a imitación del gran Apóstol, tienen que conjurarlos a vivir

de una manera digna de Dios, puesto que los llamó a su reino y gloria. Su celo debe ir tan lejos en esto que, para contribuir a conseguirlo, estén dispuestos a dar la propia vida. ¡Tan queridos tienen que ser por ustedes aquellos de los que están encargados! Por lo tanto, es su deber reprender a los que se descarrian, y hacer de modo que renuncien a su vida pasada. Pero también animar a los que les falta coraje, soportar a los débiles y ser pacientes con todos. Tienen que ponerse en estado de contener inclinaciones corrompidas y fijarlos de tal modo en el bien, que no den ya más entrada al diablo en sus corazones» (M 198.2; ver también M 197).

Aunque este ministerio o servicio de Dios sea semejante al de los ángeles, tiene un claro sentido eclesiológico:

«Su ministerio de ángeles custodios de los niños que deben instruir consiste en edificar, por ellos, el cuerpo de Jesucristo y convertirlos en santos y perfectos» (M 198.3).

De la Salle compara también el ministerio del educador cristiano al del Apóstol Pablo, por ser el que pone el fundamento de la vida cristiana, y afirma que la Iglesia y la familia lo delegan:

«Dios eligió y destinó a San Pablo *para predicar el Evangelio a las naciones* —como él mismo lo dice— (Gal 1, 15s). Le dio un perfecto conocimiento de los misterios de Jesucristo y lo puso en condiciones de *echar como un buen arquitecto los cimientos del edificio de la fe y de la religión que Dios iba levantando* en las ciudades donde él anunciaba el Evangelio (1 Cor 3, 10). Según la gracia que Dios le había concedido, fue el primero en predicarlo en aquellos lugares. Por eso dijo con toda exactitud que aquellos a quienes anunció el Evangelio *eran obra suya* (1 Cor 9, 1), y que él los había engendrado en Jesucristo. Según la proporción existente entre su empleo y el de este gran santo (sin compararse con él) pueden decir que hacen lo mismo y que, en su profesión, ustedes ejercen el mismo ministerio. Por eso ustedes deben considerar su empleo como una de las funciones más importantes y más necesarias en la Iglesia. Ustedes han sido encargados por los pastores, por los padres y por las madres» (M 199.1).

Luego compara el ministerio del educador al de los demás apóstoles como Pedro, al de los evangelistas como Lucas, al de los obispos como San Agustín y San Cirilo de Jerusalén, principalmente porque anuncian el Evangelio del reino de Dios y porque enseñan las principales verdades de la fe, de donde saca una conclusión operativa: «Del mismo modo digan ustedes que para esto los envió Jesucristo y que la Iglesia, de la que son ministros, los emplea para esto. Tengan toda la aplicación necesaria para ocuparse de esta función con tanto celo y éxito como los santos que lo han ejercido» (M 199.2).

Además de animar a un buen desempeño en la formación de personas cristianas, la teología del ministerio eleva la estima no sólo por la función sino por la propia dignidad a los ojos de Dios:

«Esto debe comprometerlos a tener una estima del todo particular por la instrucción y educación cristiana de los niños. Es un medio para convertirlos en verdaderos hijos de Dios y ciudadanos del cielo. Es efectivamente el fundamento y sostén de su piedad y de todos los otros bienes que se dan en la Iglesia. Agradezcan a Dios la gracia que les ha hecho: en su empleo ustedes participan del ministerio de los santos Apóstoles y de los principales obispos y pastores de la Iglesia. *Honren su ministerio* (Rom 11, 13) haciéndose, como dice San Pablo, dignos *ministerios del Nuevo Testamento* (2 Cor 3, 6)» (M 199.3).

La manera de honrar el ministerio es ejercerlo con celo apostólico y virtuoso:

«Dios les ha dado la gracia de encargarlos de instruir a los niños, de anunciarles el Evangelio y de educarlos en el espíritu de la religión. No deben dudar de que sea un gran don de Dios. Pero, llamándolos a este santo ministerio, Dios exige de ustedes que se ocupen con un celo ardiente: es la obra de Dios y *“maldito el que hace su obra con negligencia”* (Jer 48, 10). Hagan que se note, en toda su conducta relativa a los niños que les son confiados, que ustedes se consideren a sí mismos como ministros de Dios. Ejerczan este ministerio con una caridad y un celo sincero y verdadero. Soporten con mucha paciencia las penas que en él tengan que sufrir. Estén contentos de ser despreciados por los hombres y de ser perseguidos, hasta dar la vida por Jesús en el ejercicio del ministerio (cf. 2 Cor 6, 3-9)» (M 201.1).

Dentro del ministerio del maestro cristiano, la catequesis es la parte más eminente, los pobres son la mayoría de los destinatarios, y todo él exige vida de estudio y oración:

«Ustedes suceden a los Apóstoles en su empleo de catequizar e instruir a los pobres. Para hacer que su ministerio sea útil a la Iglesia tanto como puede serlo, deben enseñar el catecismo todos los días. Enséñenles las verdades fundamentales de nuestra religión, a su ejemplo y al de Jesucristo mismo, que todos los días se aplicaba a esta función. Después, como ellos, se retirarán para aplicarse a la lectura y a la oración (cf. Hch 6, 4). Instrúyanse ustedes mismos a fondo de las verdades y de las máximas santas que les quieren enseñar. Y por la oración, atraigan sobre ustedes las gracias de Dios que necesitan en el ejercicio de este empleo, según el espíritu y el designio de la Iglesia que se lo ha encargado» (M 200.1).

El sentido pneumatológico, cristológico y eclesiológico del ministerio del maestro cristiano están expresamente implicados:

«No es solamente el hecho de ser ministros de Dios lo que debe comprometer a tener un gran celo en su estado. Ustedes son también ministros de Jesucristo y de su Iglesia. San Pablo quiere que cada uno considere a los que anuncian el Evangelio como ministros de Jesucristo. Ellos escriben *la carta que Él les dicta, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, que son los corazones* de los niños (2 Cor 3, 3). Por esta calidad de ministros, ustedes deben tener por fin únicamente el amor y la gloria de Dios al instruirlos. El amor de Dios debe apurarlos, porque *Jesucristo murió por todos, a fin de que, los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que murió por ellos*. Eso es lo que su celo debe hacerles inspirar a sus discípulos, como si Dios mismo los exhortase por ustedes, puesto que ustedes son los *embajadores de Jesucristo* (2 Cor 5, 14-15.20). Muestran también *a la Iglesia la caridad que tienen por ella* (2 Cor 8, 24). Denle pruebas de su celo porque es por ella, que es el cuerpo de Cristo, que ustedes trabajan. Ustedes son sus *ministros según la orden que Dios les ha dado de entregar su Palabra* (Col 1, 24s). La Iglesia tiene un gran celo por la santificación de sus hijos... Por su celo, den señales sensibles de que ustedes aman a los que Dios les ha confiado como Jesucristo ama a su Iglesia» (M 201.2).

También es patente el sentido escatológico del ministerio eclesial del educador: «*Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único, para que quien crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna* (Jn 3, 16). Esto es lo que Dios y Jesucristo hicieron para restablecer a las almas en la gracia que habían perdido. ¡Qué no deben hacer ustedes por ellas en su ministerio, si tienen celo por su salvación y si están en la disposición de San Pablo que escribía a los Corintios: “*No son sus bienes lo que busco, sino sus almas*” (2 Cor 12, 14)! Su celo en su empleo debe ser tan activo y animado, que puedan decir a los padres de los niños que les son confiados lo que dice la Escritura: “*Denmos las almas y quédense con lo demás*” (Gn 14, 21). Esto quiere decir que de lo que se encargan es de trabajar por la salvación de sus almas» (M 201.3).

La delegación recibida de los padres, de las madres y de los pastores obliga al maestro cristiano a corregir a los alumnos como parte del ministerio del que responde ante Dios: «Lo que más debe animarlos a reprender y corregir las faltas de sus discípulos es que, si no lo hacen, ustedes mismos se harían repreciables ante Dios. Él castigará toda su laxitud y su negligencia para con ellos. Ustedes están en lugar de sus padres, de sus madres y de sus pastores. Están entonces obligados a vigilar sobre ellos como *teniendo que rendir cuenta de sus almas* (Heb 13, 17)» (M 203.3).

La responsabilidad ante Dios por el ministerio abarca el conjunto de la administración del cargo, y sugiere las prácticas de la autovigilancia constante y del examen diario de conciencia:

«Ustedes *cooperan con Dios* en su Obra, como dice San Pablo, y las almas de los niños que instruyen son *el campo que Él cultiva* a través de ustedes (1 Cor 3, 9). Es El quien les ha dado el ministerio que ejercen. Por tanto, cuando comparezcan ante el tribunal de Jesucristo cada uno de ustedes rendirá cuenta en persona ante Dios sobre cómo haya obrado en cuanto ministro de Dios y *dispensador de sus misterios* respecto de los niños (1 Cor 4, 1). Jesucristo será, entonces, establecido por Dios como juez para ustedes. Y les dirá, como el dueño al administrador: “*Dame cuenta de tu administración*” (Lc 16, 2). Entonces penetrará hasta el fondo de sus corazones. Examinará si han sido fieles administradores de los bienes que les había encomendado y de los talentos que les había concedido para su servicio. Se verá entonces el buen o mal uso que hayan hecho de ellos: *el Señor que los juzgará descubrirá lo que hay de más escondido y de más secreto en el fondo de los corazones* (1 Cor 4, 5). Si quieren impedir que esta cuenta deficitaria se incremente a cada instante, ríndansela a ustedes mismos cada día. Examinen delante de Dios la conducta que tienen en su empleo» (M 205.1).

Esta autovigilancia constante conduce a una consideración positiva del resultado esperado: «Pónganse en estado de poder responderle, cuando Él los interrogue, que han realizado bien todos sus deberes. La mejor manera de hacerlo y de contentar a Jesucristo en el juicio será presentarle a todos los niños que ustedes habrán instruido como formando parte del edificio de la Iglesia. Por sus cuidados ellos habrán entrado en su estructura y se habrán vuelto *el santuario en el que Dios permanece por el Espíritu Santo* (Ef 2, 22). Así mostrarán a Jesucristo que han realizado su ministerio verdaderamente. Habrán trabajado sólidamente en edificar y sostener la Iglesia, como Jesucristo los comprometió a hacerlo» (M 205.3).

La actitud de ministro se manifiesta en la entrega al Espíritu Santo, sobre todo en actos educativos tan delicados como la reprensión:

«Sería poco útil hacer reprensiones y correcciones si aquellos que las hacen no toman las medidas justas para hacerlo bien. La primera cosa a la que hay que prestar atención es a no hacerlo sino conducido por el Espíritu de Dios. Para eso, antes de reprender o corregir, hay que recogerse interiormente para entregarse al Espíritu de Dios. De este modo uno se dispone para realizar la reprensión o la corrección con la mayor sabiduría posible, de la manera más capaz de hacerla útil a los que se les da. Los hombres, inclusive los niños, están dotados de razón. No deben ser corregidos como animales sino como personas razonables. Se los reprende y corrige con justicia haciéndoles comprender la equivocación en la que están y la corrección que merece la falta. Así se trata de que *la reciban con gusto*. Y, como son cristianos, hay que hacer de modo que Dios esté contento de ella y que la reciban como un remedio para su falta y un medio *para ser más sabios*. Este es el efecto que, según el Espíritu Santo, la corrección debe producir en los niños (Pr 12, 1)» (M 204.1).

Hay recompensa desde esta vida por el buen cumplimiento del ministerio:

«Dios es tan bueno que no deja sin recompensa el bien que se ha hecho por Él y el servicio que se le presta, sobre todo con respecto a la salvación de las almas. Tanto recompensa desde este mundo a *aquellos que han dejado todo por Él que ellos reciben el céntuplo en esta vida* (cf. Mt 19, 27-29). ¡Con cuánta mayor razón recompensará aun en el tiempo presente, a los que se hayan aplicado con celo a extender su Reino! Dios, por un bien tan grande y por este servicio que estima tanto, da a los que se ocupan infatigablemente de la salvación de las almas dos clases de recompensa en este mundo. La primera: una abundancia de gracias para ellos. La segunda: un ministerio más extendido y una facilidad más grande para procurar la salvación de las almas. La primera recompensa está señalada por la parábola de este hombre que distribuyó sus bienes a sus servidores. Dio a uno de ellos cinco talentos para que los negociara. Habiendo sabido que había ganado otros cinco, ordenó que, para recompensarlo, le quitasen el talento al que no había negociado y que se lo dieran a aquél que ya tenía diez, “*porque, dice el Salvador, se dará a todos los que ya tienen y serán colmados de bienes*” (cf. Mt 25, 28s). La segunda, un ministerio más extendido, está muy bien expresada en San Lucas. Un señor hizo rendir cuentas del dinero que había encomendado a sus servidores. Al primero, que le dijo que su marco había producido diez, le dio en recompensa el gobierno de diez ciudades (cf. Lc 19, 16s)» (M 207.1).

«Por adelantado, en esta vida, Dios les da la muy particular satisfacción de verlos vivir, cuando sean grandes, *con justicia y piedad* (Tit 2, 12), alejados de las malas compañías y en la práctica de las buenas obras... Por medio del establecimiento de las escuelas, de las que Dios les encargó, la religión y la piedad han aumentado entre los fieles, particularmente entre los artesanos y los pobres. Miren como una recompensa considerable que Dios les da en este mundo ser testigos de ello» (M 207.3).

La vibrante meditación siguiente sobre el premio eterno de los formadores de cristianos termina así:

«¡Qué gloria para los que habrán instruido a la juventud cuando su celo y su aplicación en procurar la salvación de los niños sea publicada ante todos los hombres! Todo el cielo resonará con agradecimientos que estos niños felices darán a los que les enseñaron el camino del cielo» (M 208.3).

En conclusión, el ministerio del educador cristiano no es *ordenado*, está *declarado* por el Espíritu Santo en la Escritura, puede ser *instituido* en las diócesis en las condiciones que establezca el Ordinario para los ministerios laicales conforme a derecho, y conviene que sea *promovido* por el Magisterio universal.